IN MEMORIAM
JUAN JOSÉ GARCÍA CARBONELL

Francisco Fuster Ruiz

Poco a poco, inexorablemente, Albacete va perdiendo las personas más representativas del siglo XX, aquellas sin las cuales la ciudad y la provincia no hubieran sido lo que son en la actualidad. Estos hombres y mujeres, que ya han pasado a la historia, son los que en vida considerábamos como auténticas instituciones de nuestro entorno. ¿Cómo puede hablarse de Albacete, desde el primer tercio del siglo a nuestros días, sin citar estos personajes ilustres? Uno de los más representativos lo perdimos en el verano de 1999:Juan José García Carbonell. Mi situación actual, viviendo en otra provincia y sin contacto apenas con Albacete y sin leer la prensa provincial, ocasionó que me enterara demasiado tarde de este hecho doloroso, que no pudiera asistir al entierro de uno de mis amigos más entrañables amigos albacetences, que no pudiera escribir inmediatamente algo en su memoria. Lo hice un mes más tarde de su fallecimiento, con menos acaloramiento, con más meditación pudiendo dar a mi escrito toda la extensión necesaria para manifestar en él mis sentimientos y emociones.

Juan José García Carbonell, como otros varios de su fecunda generación intelectual, fue uno de esos personajes entrañables sin los cuales la historia del Albacete de su tiempo no tendría sentido. Para comprender mejor su gran figura intelectual y humana, considero interesante encuadrarla en el contexto de la fecunda generación intelectual de la que formaba parte en Albacete y en toda la provincia.

En la larga temporada que pasé en Albacete, quizás la etapa más fecunda de mi vida, tuve el honor de conocer y relacionarme con muchas de estas personas ilustres, de apreciarlas en toda su inmensa valía, e incluso conseguir

que la mayor parte de ellas me apreciaran. Me enseñaron muchas cosas de Albacete que sin su ayuda no habría podido descubrir. Para mí fueron, y muchos de ellos lo siguen siendo afortunadamente, lo más valioso de Albacete, el verdadero espíritu de la ciudad y de la provincia. Unos seres humanos de personalidad arrolladora, que como más tarde diría sobre uno de ellos, y es aplicable para todos, constituyeron un verdadero lujo para la ciudad y la provincia donde desarrollaron sus vidas. Estoy convencido que sin ellos Albacete no habría sido lo que fue y lo que ahora es.

Yo, que al poco de llegar desde Murcia a Albacete perdía a mi padre, que había quedado tan lejos, en la ciudad del Segura, en mi orfandad adopté como padres, algunas veces como hermanos mayores, o como hermanos de mi misma o parecida edad, a algunas de estas personas. Desgraciadamente, igual que el hombre que me dio el ser, muchos de estos padres y hermanos han ido desapareciendo también. Cada vez es más larga la lista de los que están en el otro lado, y cada vez es mucho menor la de los que permanecen, permanecemos, en éste. Se me han ido inexorablemente algunos viejos y entrañables amigos como Alberto Mateos, José S. Serna, Matías Gotor y Perier, Eduardo Quijada Pérez, Maximiliano Martínez Moreno, Jacobo Serra Martínez, Marciano Picazo Soriano, José María Blanc, Ginés Picazo Carboneras, Jaime Belda Seller, Manuel Belmonte González, Joaquina Pomareda de Haro, Tomás Preciado, Ismael Belmonte, Alfonso Quijada, Samuel de los Santos, Francisco Ballesteros Gómez..., y ahora también, por último, Juan José García Carbonell.

Juan José, último patriarca intelectual de Albacete.

Así, Juan José a secas, sin necesidad de apellidos. *"Juan José"* se titula el recuadro que al día siguiente de su muerte le dedica en la prensa otro hombre singular de su generación, que, como García Carbonell, también ha dedicado su vida a transformar material y espiritualmente, sobre todo espiritualmente, a la

ciudad de Albacete, sin haber nacido tampoco en ella: Ramón Bello Bañón. *Juan José,* porque este hombre, como *Juan Ramón,* otro poeta universal, no necesita apellidos para ser conocido en su tierra. Este recuadro, *"Juan José"*, a pesar de su brevedad, es el panegírico más certero y emotivo, más sincero y exacto, de cuantos he podido leer a raíz de la muerte de García Carbonell.

Juan José nació en La Roda en 1923. Hijo de un carpintero, vivió en Albacete, donde se desplazó para estudiar, desde los diez años, fijando después, ya para siempre, su residencia en la ciudad, y ha muerto circunstancialmente en Murcia el 26 de julio de 1999. Sus restos mortales reposan para siempre en el cementerio de Albacete, su ciudad adoptiva.

En la última entrevista que le hicieron, declaró: "Albacete es mi nido. Mi punto de partida es La Roda, pero mi nido de vida, Albacete". Está claro que las ciudades tienen espíritu además de cuerpo, y Albacete, a lo largo de estos últimos 66 años, ha ido transformando su esencia motivada incesantemente por el influjo de Juan José García Carbonell, que aportó muchísimas "briznas de paja", y de otros materiales muy valiosos, a su "nido". Porque está claro que este hombre bueno, activo y fecundo, profundamente humano y profesional, fue una verdadera institución cultural en la ciudad y en la provincia donde trabajó activamente como abogado y como funcionário público, pero sobre todo como hombre, como poeta, como escritor, como periodista, como conferenciante.

Su amigo y paisano Antonio Morales García, nos narra datos de la primera parte de la vida de Juan José: "Fue el primer estudiante pobre que salió de La Roda con una beca y el primero que conseguiría graduarse; estudió Magisterio y consiguió su escuela; con ese punto de apoyo decidió hacer Derecho, pero lo hizo por libre, sin que esto fuera motivo para perder un paso; se licenció de inmediato con notas brillantísimas y decidió interrumpir su profesión de maestro para ejercer la abogacía; debutó como pasante en un acreditado despacho de Albacete, el de Matías Gotor, allá por lo años cuarenta.

En otro reciente artículo, el periodista Eduardo Cantos rememora las primeras amistades generacionales de la vida de Juan José: “A lo mejor a estas horas ya ha formado tertulia con Matías Gotor y José S. Serna. Los tres eran paladines de Albacete, Por eso les gustaba mucho albaceteñear en cuanto que se les presentaba la ocasión. Juan José lo hacía buscando en la tradición la esencia del sentir popular. Dejando que la costumbre retratara cualquier época de su vida, y pusiera a flote esa personalidad suya de hombre aferrado a los gustos de los que con él hicieron el camino en la vida desde la sencillez y la comprensión.”

Juan José consideraba a Matías Gotor y José S. Serna como sus “hermanos mayores”. En los años 40, recién incorporado a la Abogacía, considerada con justicia la profesión liberal más intelectual de Albacete, sin duda pensaba erróneamente, desde su anterior modestia de maestro rural, que le faltaba mucho para formar parte de la élite intelectual de la capital y de la provincia, entre los que estaban Francisco Belmonte López, Antonio Gotor Cuartero, José Aparicio Albiñana, Matías Gotor y Perier, José S.. Serna, José María Blanc, Eduardo Quijada Pérez, Jacobo Serra Martínez, Marciano Picazo Soriano, todos ellos abogados, y a los que había que añadir otros como Francisco del Campo Aguilar, Tomás Preciado, Antonio Andújar...

Juan José, en su última entrevista, habló con cariño y admiración de parte de esta pléyade de intelectuales, sobre todo los más jóvenes, que le acogieron con entusiasmo y le animaron de inmediato a formar parte del grupo, “en fin lo que era entonces la élite, que circulábamos en torno a la emisora *AJ 44 Radio Albacete,* y desde allí recitábamos, organizábamos excursiones a los pueblos. Aquí tuve por parte de los mayores, tanto en el Colegio de Abogados como en los ámbitos literarios, una acogida de hermano pequeño recién llegado.Tuvieron por mí afecto y yo tengo por ellos veneración”.

Como vemos, la mayor parte de los personajes que formaban esta élite intelectual albacetense eran abogados, compañeros de profesión de Juan José. Y

es que de todas las profesiones liberales, la más intelectual en el Albacete de los siglos XIX y XX ha sido la Abogacía, hasta el punto de que sin los profesionales del foro no puede concebirse una imagen literaria del Albacete contemporáneo. En los últimos tiempos, a raíz del trauma de la contienda civil, algunos ilustres abogados albacetenses intelectuales tuvieron que marchar forzosamente al exilio o a la diáspora profesional voluntaria (Maximiliano Martínez Moreno, Eleazar Huerta, José Prat, Eduardo Quijada Alcázar, Isidoro Martín Martínez, José M~ Lozano Irueste, Francisco Sánchez Cañamares, José Mª Berzosa), pero otros permanecieron en Albacete. A la lista anterior de los que se quedaron en la ciudad y convivieron con Juan José habría que añadir otros más jóvenes que él, como Ramón y Manuel Bello Bañón, Francisco Ballesteros Gómez, Ramón Bello Serrano... Sería interesante que el Colegio de Abogados de Albacete se planteara subvencionar una interesante investigación histórica: la contribución de los miembros del Colegio a la cultura de Albacete a lo largo de ambos siglos.

A raíz de la muerte de José S. Serna, considerado por todos, unánimeente, como el "patriarca de las letras albacetenses", la siguiente generación de intelectuales locales no dudó ni un instante en trasladar este título a su heredero más representativo, Juan José García Carbonell. El testimonio de esta sucesión lo aportan dos periodistas: Francisco González Bermúdez y Eduardo Cantos. El primero dice, en un reciente artículo, que Juan José sucedió "en tan honroso título a José S. Serna", "aun en contra de su aceptación". Eduardo Cantos recuerda la segunda generación intelectual que ya apadrinaba Juan José y que ahora "se ha quedado huérfana", citando entre otros "hijos" a Demetrio Gutiérrez Alarcón, José Sánchez de la Rosa, Ramón Bello Bañón, Domingo Henares... "Juan José García Carbonell era para nosotros algo así como el santo y seña de una generación que se miró en su limpia ejecutoria. La diferencia de edad que nos llevaba le otorgaba los dones del patriarca que siempre tenía en la

boca un buen consejo que darte, o un consuelo que ofrecerte para mitigar cualquier dolor rampante."

Juan José, hombre bueno, cercano siempre a lo popular.

Pero, no sólo era un padre, un patriarca, para los intelectuales, sino también para todos los albacetenses, de la capital y de toda la provincia, porque Juan José, en definitiva esencialmente un hombre bueno, era para todos nosotros, como tal, amigo de todos. En la última entrevista confesaba lo siguiente sobre los que tenía en la capital: "En cincuenta y dos años que llevo en Albacete de continuo, mas los que estuve de estudiante, aquí he tenido mis amigos, tantos como en La Roda. Bueno, más todavía, porque esto es mayor." Pero, aún mayor que la ciudad era la provincia entera, que también lo quería. "Sólo tenías amigos, mi querido amigo Juan José", decía nostálgicamente José Antonio García Cebrián: "Amigos de todas las clases, amigos de todos los oficios y profesiones, de todas las tendencias, de todas las edades. ¡Qué difícil tener sólo amigos! ¡Y tú. amigo Juan José, los tuviste!"

Ramón Bello Bañón, que con justicia debe heredarle en el honroso puesto de patriarca de las letras albacetenses, escribía con ternura al día siguiente de la muerte de Juan José: "Sereno, elegante, con el ánimo firme y con la fe indesmayable, nada de lo cotidiano, ningún valor de la amistad y del respeto le ha sido ajeno... Todo en él -desde el recuerdo a la esperanza- ha sido lealtad, compromiso y solidaridad." Y José Sánchez de la Rosa, matiza en su semblanza, escrita también en este segundo día de luto, casi reprendiéndole por haberse ido tan pronto de este mundo: "Te hubieses quedado aquí otro rato, porque jamás querías despedirte, y si te rezagabas -a mí no me engañas, Jota Jota- era para saludar a todo dios que cruzaba, y yo me daba cuenta de que se iban con tu afecto en el bolsillo, que se lo guardaban para toda la tarde, más contentos que unas pascuas". Y continúa: "Juan José, nunca supo decir no. Era

frutal, repartía sus gajos sin mirar a quién, una conferencia, una charla, una entrevista: su jugo. Y qué conversador, cuánta ternura, y qué raro, qué tipo extraño, teniendo motivos de sobra para la vanidad, con un montón de rangos y ringorrangos y diplomas y medallas y títulos en su vida pública y profesional, procurador en Cortes, delegado de Información y Turismo, abogado con tacto y técnica, jinete sin Apocalipsis de ese difícil potro de la Justicia que exige llevar bien las riendas. Cristiano viejo, pero sin comulgar con ruedas de molino." "Con qué formidable equipaje viajó Juan José a la casa de Dios. Cuando iba a La Roda se traía un pan; ahora lo reparte".

Ramón Bello Serrano apostilla finalmente: "Juan José era un huerto en sí mismo, guardaba el cultivo del convento grande, nunca lábil y siempre de una fe bien administrada, cuidadoso ahorro y saldo que, con toda seguridad, habrá cubierto, con creces, su despedida de este mundo." "Juan José era un hombre, desde siempre, presentido y familiar, en el sentido romano de la institución. Atesoraba, de forma educadísima, la protesta del derecho contra el hecho, que persiste siempre, estilo propio y sobrado en el camino de las letras y una rima naciente desde el puñado de tierra más próximo."

Y esta cualidad "frutal" de repartir "sus gajos sin mirar a quién", o mejor dicho, mirando siempre de frente y a la cara para comprender y amar mejor, esta consustancial esencia de ser "huerto en sí mismo", lo convirtió en un hombre totalmente popular, y aún más, en la modestia que siempre pretendía, un hombre que quería estar siempre abajo, cercano a lo popular. Y desde aquí, en la llanura de los pobres delincuentes juveniles que juzgaba, que apadrinaba y que socorría; en la llana sencillez de los labradores y de los artesanos, a los que ayudaba en su empresas; en la llana cordialidad de todas las buenas gentes de su entorno, es donde supo encontrar las verdaderas raíces intelectuales que pretendía conseguir. Sigue diciendo Bello Bañón: "Conocedor de nuestras calles y nuestras gentes, ha tenido siempre el don inapreciable de su cercanía a lo popular, a lo auténticamente popular." Y añade su paisano Antonio Morales:

“Su cercanía a la popularidad no fue casual, formaba parte de su constitución biológica, era su bandera, su sentimiento y su vocación.”

Juan José, institución cultural, orador, articulista.

Decía Ramón Bello Bañón: “Algo importante, muy importante, de la cultura de Albacete, se va con Juan José García Carbonell. El amigo de siempre, siempre ha estado en todas las iniciativas culturales, siempre abierto a todos los proyectos, siempre participativo en las nobles tareas del pensamiento.” “Vibran en mi oído sus versos, quedan en mi memoria sus artículos, forman parte de mi pobre sabiduría su extenso e intenso saber, transmitido en conversaciones a pie de calle o en conferencias magistrales.”

Antonio Morales recordaba la primera conferencia que Juan José pronunció en Albacete: “Fue en el Círculo Taurino y al terminar le nombraron presidente. Así se iniciaba la etapa de su popularidad en toda la provincia, cosa que ya no decaería nunca”. Y es que Juan José tenía uno de los dones intelectuales imprescindibles para el buen ejercicio de la Abogacía: el don de la palabra, que transmitía cotidianamente, para cualquier amigo “en conversaciones a pie de calle o en conferencias magistrales”. Siempre estábamos ansiosos de escucharle. En la calle, silo encontrábamos de sopetón, con él nunca teníamos prisa, aunque nos estuviera esperando, sin que él lo supiera, lo más importante o lo más sagrado, lo más perentorio. En seguida todo carecía de valor y lo que nos importaba era estar con Juan José y escucharle.

Su verbo era comparable al de los más ilustres oradores que ha tenido la provincia de Albacete en los dos últimos siglos: Carlos María Perier, Francisco Javier de Moya, Octavio Cuartero, Antonio Rentero, Jacobo Serra Valcárcel, Antonio Gotor Cuartero, Manuel Alcázar González-Zamorano, José María Lozano, José Aparicio Albiñana, Matías Gotor y Perier, Ramón Bello Bañón... Se igualaba a todos ellos en cuanto a la altura de oratoria, pero no se parecía a

ninguno, porque su verbo era eminentemente singular, castizo, descendiendo constantemente lo popular, a la anécdota humana, citando siempre, directa o indirectamente, algo que pudiera excitar el ego de algunos de los presentes que reconocía entre el público, aunque a veces fuera con una contraseña retórica que ambos conocían, pero que hacía que se sintieran aludidos por muy general que fuera el tema del discurso. Una de las grandes piezas oratorias de su vida la pronunció en septiembre de 1992, cuando fue pregonero de la Feria de Albacete. Un honor, que, con su modestia natural, consideró excesivo, ya que se consideraba "un pregonero pequeño para una ciudad tan grande". Pero no era un pregonero pequeño, sino gigantesco, magnífico.

Estas cualidades oratorias fueron lo primero que le abrieron camino, no sólo en su profesión de abogado sino en toda la vida pública, cultural y social de Albacete y su provincia. Fue vicepresidente de la Diputación Provincial, procurador en Cortes por elección popular, presidente del Tribunal Tutelar de Menores, magistrado provincial de Trabajo, secretario y más tarde delegado provincial del Ministerio de Información y Turismo y después del de Cultura. Estos últimos cargos, sobre todo, lo convirtieron en un hombre clave en los años de la Transición en la provincia de Albacete, no sólo desde el punto de vista cultural sino en el político. Uno de esos hombres providenciales, como otros muchos en Albacete y en el resto de España, que, en unos años muy difíciles llenos de interrogantes demasiado negros y pesimistas, supo sacarnos a todos de las brumas, de la oscuridad, y abrirnos un futuro luminoso de paz de y de concordia.

Como organizador y conferenciante, colaboró activamente en multitud de actos públicos, y como escritor, columnista de prensa, en numerosos medios de comunicación. Escribió en casi todos los periódicos y revistas locales y regionales, a veces utilizando seudónimos cuando su cargo político no aconsejaba abiertamente la firma; una medida ingenua, porque todos sabíamos quien era el misterioso "Juan Alandar". Con esta firma y finalmente con su

nombre, escribió multitud de artículos cuya colección, si se publicara, revelaría aspectos entrañables de la vida del Albacete de su tiempo. Fuera de los medios periodísticos, casi toda su obra permanece inexplicablemente inédita. Se ha anunciado por la Junta de Comunidades que se van a editar todos sus poemas. Me parece muy poco, ya que la obra mayor de Juan José García Carbonell son sus artículos periodísticos. Un libro, al menos con una buena selección de ellos, es de extrema urgencia.

Primero escribió, como todos, en *La Voz de Albacete*, y después en los restantes medios que fueron surgiendo a la ciudad con la apertura. En la edición albaceteña de *La Verdad* llevaba, desde hacía muchos años, una columna titulada "*Crónicas del sentimiento* ", y en *Crónica de Albacete* otras diferentes columna, la última de las cuales se titulaba muy significativamente: "*Del Recuerdo* y *la Esperanza* ". Luis Parreño recuerda ahora su estilo como periodista y escritor: "En la prensa local, revistas y publicaciones diversas, está esparcida una importante labor literaria, en la que ha volcado sus sentimientos de amor al prójimo, en un caudaloso río de ideas y apuntes sociales que terminaba en una catarata de imágenes, plenas de colorido e ingenio." "Firmó hace muchos años, y en algunas ocasiones, como "Juan Alandar" pero, luego, renunciaría a seudónimos y se ofrecería con su nombre y apellidos para cantar las cosas sencillas."

En uno de sus últimos artículos, en *Crónica de Albacete*, del 30 de mayo de 1999, nos daba las razones fundamentales de su esencia como escritor: *¿Por qué escribo?:* "Escribo porque es una manera de sentirme yo y vivo. Escribir es como destaparse el alma para mí. Sea lo que sea el alma, incluso aunque sólo sea el cerebro, mientras el corazón lo alimenta, desnudarla, desahogarla, explayarla, ventilarla, echarla a volar en el cielo blanco del papel, es en mí dar más vida al alma, donde se cruza la propia tragedia con la tragedia de la Humanidad, y la vibración vital con las vibraciones de los demás, amigos, paisanos o vecinos. Por usar una metáfora ingenua para mí, escribir es como

hacer sonar el cascabel del alma, y sentirme menos solo. Otros escriben de otro modo, o por motivación distinta. Y a muchos los admiro. Por eso soy más lector que escritor."

La poesía social, casi seráfica, de Juan José.

Francisco González Bermúdez lo recuerda también como "poeta del sentimiento y de andar por casa". Efectivamente este es el sentido que tiene su poema más conocido y popular, *Aquella navaja de mi padre*, donde se rebela poeta de fina sensibilidad y con un estilo humano muy acusado, casi social, definiendo admirablemente todos los buenos y honorables usos que se pueden dar al *"temido acero"* de Albacete:

Éramos como la mayoría
una familia pobre, de artesanos.

Mi madre repartía
la fuente del guisado por los platos.

El buen pan de La Roda mi padre hacía pedazos; el pan grande en el pecho, la navaja en la mano.

Servía la navaja para todo:
Para sacarle punta al tranco, para afilar el lápiz, para el corcho rebelde, para el tocino magro, para mondar naranjas, para mojar la sopa en caldo, para pelar patatas, arreglar el gazapo, cortar el nudo, despegar la caja, y poner un cartón a los zapatos. Echar la sal al huevo, y cortar a la vid el primer ramo. Para pelar la vara del camino y poner nuestros nombres en un árbol.

¡Navaja de mi padre,
cuántas cosas hacías en su mano!

Cada Feria veníamos padre e hijo cogidos de la mano. Comíamos en la «Cuerda» junto al carro con toldo de un paisano, la merienda que madre preparaba. Y después de los toros padre compraba turrón blando, que era el que ella quería. Pero siempre el feriado fue renovar la fiel navaja.

Años después
llevé yo sólo el turrón blando.
Ahora se fueron los dos,
mas compro la navaja y me la guardo.
¡Quizá esta Feria un hijo mío
me compre una navaja de regalo!

Amós Núñez, presidente de APRECU, en la introducción del resumen de prensa publicado por la asociación de cuchilleros en *Homenaje a nuestro querido amigo Juan José García Carbonell, poeta de la navaja* (Albacete, julio-agosto 1999), decía: "La navaja está de luto. Este utensilio nuestro, de cada día, ha perdido su gran valedor. El hombre que, con su cariño y sensibilidad, elevó a nuestra ancestral artesanía a cotas insospechables de estética y belleza: a Poesía pura. Nunca un Colectivo Empresarial le ha debido tanto a una persona, por el solo hecho de utilizar su pluma y su talento. El hizo de su poesía *"Aquella navaja de mi padre"*, nuestra bandera, nuestro himno reivindicativo en momento duros para este Sector cuchillero, que él tanto amaba. Todo Albacete lo tomó como el símbolo de nuestra parca historia. Sólo algunos, muy pocos, no entendieron lo que él preconizó: la inocencia de nuestra humilde navaja, que no

sólo nos sirve de utilidad en multitud de ocasiones... También para dar seguridad y trabajo a cientos de honrados trabajadores de nuestras humildes tierras manchegas."

Por todas estas razones, desde varios años antes de su muerte, el concurso literario de APRECU (Asociación de Empresarios de la Cuchillería), lleva el título de "Premio Literario Juan José García Carbonell". Y la misma Asociación ha solicitado del Ayuntamiento que se nombre a Juan José García Carbonell, a título póstumo, como hijo adoptivo de Albacete.

Otras veces, como en *«La ciudad millonaria»*, se mostraba más claramente poeta social, haciendo, en este caso denuncia de una ciudad sin alma, (quizá Madrid, quizá Barcelona: los años 60 no daban para viajar por Europa o por el mundo), la ciudad millonaria de corazón de papel moneda más que de oro, poblada de una muchedumbre («¿de donde sale tanta gente, Dios mío?»), que atiborra los cines (son los años 60), que piensa que «las estrellas son artistas de cine» y que, quizá, no ha visto nunca una estrella de verdad en el cielo.

¿Habrá diez mil calles en la ciudad?
Esta ciudad millonaria de tantas cosas.
Como sé donde viven o malviven
me duelen sus pobres,
y más aquellos que no se ven.
Los ciegos que venden la lotería,
las viejas y los viejos del tabaco,
y esos hombres que llevan alpargatas,
y esas mujeres mal vestidas
voceando el periódico del día.

Y, sin embargo, la Ciudad
tiene su corazón de oro.

No del oro de los cuentos de niño,
sino del oro que pone el acero en movimiento,
el oro que despierta las noches
y ensordece los días;
el oro,
que a fuerza de ser oro,
ya no es oro, es papel.
Cuesta caro vivir, cuesta caro morir,
hasta amar cuesta caro.

Las gentes atiborran los cines de mañana,
las gentes atiborran los cines de la tarde,
las gentes atiborran los cines de la noche,
las gentes atiborran las tiendas y las calles,
y hay un café en cada casa atiborrado.
¿De dónde sale tanta gente, Dios mío?

Y aún hay más gente sin cine,
y mucha más que trabaja.
Doy un papel, me dan una cosa.

¿Y a quien no tiene papel, qué le dan?
A miles llegamos cada día
y a miles nos vamos
¿qué dejamos?
¿qué llevamos?

Aquí las estrellas son artistas de cine
¿y las otras estrellas, se ven alguna vez?

Cien cosas te reclaman a conquistar la vida,
esa vida que nace del oro que es papel,
y otras cien se te agarran,
sanguijuelas del alma,
pidiendo para todo miradas de desdén.

Y en *«Canto de esperanza en primavera»*, quería que los habitantes de ese mundo deshumanizado de la ciudad del oro volvieran su mirada hacia el campo, hacia la vida sencilla de otros tiempos, en busca, quizás, de un mundo perdido ya para siempre.

Recordáis...
Antes el campo no tenía puertas.
¿Quién pone puertas al campo?
Apenas sí una máquina turbaba
el vuelo, el aire, la canción y el paso.
La vista descansaba y se nutría
de la rama, del viento y de los pájaros,
de la nube y del alba, de la tarde,
de la sombra del árbol.
El pie sabía del camino,
y la mano del agua del remanso.
María, la madre de Jesús, aparecía
a niños y pastores en el campo.
Recordáis...
La primavera llegaba por las flores,
brincaba por molinos y altozanos,
se posaba en los nidos de las torres,
se miraba en la fuente y en el llano.

Vencejos, golondrinas y cigüeñas,
rosales, trigos, viñas y álamos,
cantaban y llevaban a los hombres
el perfume perenne de los años.
Recordáis...
Había romerías en los pueblos,
risas en los caminos y en los prados,
las flores tenían su lenguaje,
era cómodo, sentarse en el ribazo.
Mas, ¿por qué recordar?
Hay que hacerse otros hombres.
Le hemos puesto las puertas al campo.
Paredes y paredes, papeles y papeles,
máquinas, chismes y aparatos,
rodean nuestra carne y nuestros días...
parece que hacen todo... y estamos más cansados.
Las máquinas absorben la mirada,
las máquinas ahorran nuestros pasos, las máquinas
dominan nuestro oído, la máquina esclaviza nuestra mano.
La palanca y la rueda, el motor y la chispa, el reloj y el
producto se han hecho nuestros amos. Hay que hacerse
otros hombres
que sepan quitarle las puertas al campo, que dominen el
ritmo de la máquina, levantando el corazón mucho más
alto. Que se note llegar la primavera, sin prisa de las horas.
Tan despacio que se tiemble delante de la novia, y parezca
delicia el roce de su mano; que se paren los ojos en los
ojos de un niño y los ojos de Dios en sus ojos sintamos;
que tomemos la mano de la madre como una flor del cielo

en nuestros labios, y el labio de la esposa sea tan dulce que
nos llene de paz en el cansancio. Que el tiempo sea
esperanza de otro tiempo y no esta angustia en que
desesperamos. En esta primavera
liberemos los hombres nuestros ánimos. Las máquinas nos
llevan por el cielo, mas volemos más alto, que se puede
volar por las estrellas sin dejar a las flores de los campos.
Llevemos el amor como una antorcha alumbrando talleres,
oficinas, mercados, a ver si tanto campo de batalla es lo
que debe ser, tan sólo campo. Sobre la prisa la sonrisa,
sobre el motor la Primavera en alto.

No hay duda que Juan José García Carbonell representó, con todo esto una tendencia de poesía testimonial, e incluso casi de poesía social. Pero de una poesía social seráfica, franciscana. Tan sólo volviendo a la bondad, a la sencillez, al amor, puede transformarse el mundo injusto y cruel que nos han legado las generaciones del maquinismo, de la ciudad deshumanizada, del dinero.

Otro miembro destacado de la última generación de Juan José, el escritor y periodista José Sánchez de la Rosa, en su sentida glosa *"Aquella navaja de Juan José"*, publicada también en *La Verdad* al día siguiente de la muerte, recordaba la que considera su mejor poesía, *Autorretrato* escrita por García Carbonell después de ver un dibujo que le había hecho Bernardo Goig. Empieza con versos rimados en asonante, para terminar finalmente en verso libre:

Pero soy, ¿qué soy?,
un complejo de paz y de violencia,
una linde
con un dentro y un fuera,

un pétalo que arde, un mimbre sin mimbrera,
una voz
y un pequeño poema.

Un verso descontento.
Y un deseo.
Un deseo infinito de mirar,
de mirar, de mirar, eternamente.
Y de yerme, y de verte
y de veros amando.
Y un grito apagado:
no puedo más, no puedo más, no puedo más
y poder siempre un poco.
Y un camino.
Un camino que dice en sus letreros:
Sigue, sigue, sigue, sigue, sigue, sigue,
sigue como si nunca terminara.
Y los otros, los otros, los otros, los otros,
que te quieren o te odian o te olvidan.
Uno sólo entre miles de millones.
Apenas una nube y una luz increíble,
apenas un instante y una vida de vidas...

Desconozco la forma en que escribiera este magnífico poema Juan José. Sánchez de la Rosa lo reproduce como un texto en prosa, todo seguido. Aunque las palabras, las frases y el contenido total del poema son lo mismo, yo me he permitido reproducirlo en forma de verso, como creo que Juan José lo diseñó.

Mi amistad personal con Juan José

Yo también fui uno de sus amigos y quiero contar algunos momentos entrañables de esta amistad. La primera vez que lo conocí, sin que nadie me lo hubiera presentado aún, fue en el Teatro Circo, en una velada intelectual memorable. Después de otras intervenciones, de pronto apareció en el escenario su menuda figura, que cuando empezó a hablar se fue transformando en gigantesca. Entre otros varios poemas que recitó, acabó con uno sobre su tema preferido. No recuerdo ahora cómo se titulaba: quizás fuera *La navaja*, o *Una navaja en la Feria*, o *A la "navajilla" que era de mi madre...* Lo que sí recuerdo es que finalmente, en el escenario, acababa sacando del bolsillo de su chaqueta una larga navaja, abriéndola lentamente, haciendo resonar uno a uno todos sus muelles, y extendiéndola teatralmente ante el público asombrado. La ovación que siguió, después de un minuto de silencio, de asombro, fue inenarrable. Poco después, me regaló una navaja semejante a la de aquel día, que aún conservo y uso, como una reliquia venerable.

Posteriormente, en 1971 intervine yo también personalmente en otro recital, con motivo de la inauguración de la Feria, que ese año quería ser la "Feria de toda la provincia". Había un poeta representando a cada partido judicial y él lo hacía por el de La Roda y yo por el de Yeste. Al poco tiempo de esto lo llegué a conocer personalmente, siendo, junto a Samuel de los Santos y Armanda López Moreno, la causa más inmediata de que perdiera un juicio en la Audiencia Territorial. Nuestro dictamen como peritos calígrafos fue una prueba totalmente definitiva contra su cliente. A la finalización del acto judicial nos encontramos todos en la cafetería Milán y me lo presentaron: "Yo ya te conocía -me dijo-. Muchas veces me he fijado en un joven que salía del Archivo y que andaba siempre muy de prisa, con pasicos entrecortados y nerviosos. Después he seguido tu obra profesional, el otro día pude escuchar tus poemas y he leído tus primeras aportaciones investigadoras en la prensa, que espero sean el inicio de una labor muy larga y muy fecunda". Y me dio un abrazo y pagó el mismo

nuestros cafés, diciendo que no nos importara el haber testimoniado en contra de su cliente: habíamos cumplido con nuestro deber.

Después de esto fueron interminables nuestros encuentros, profesionales, culturales, humanos... Como secretario del Ministerio de Información y Turismo, fuí a su despacho para pedirle autorización para celebrar el acto de la presentación de mi libro *"Historia del Teatro en Albacete "*. Por cierto, con el rigor de la época, se me dijo que podrían intervenir los tres presentadores, Ramón Ferrando, Domingo Henares y Ramón Bello Bañón, "y nadie más". Por ello, aunque se me animó durante la celebración, yo no quise decir nada contestando a los elogios de los tres oradores, ni siquiera en el coloquio posterior, en el que intervino también Juan José. No por miedo a las recomendaciones del Ministerio, sino como un rechazo a la censura previa incluso en un acto cultural como aquel.Posteriormente Juan José me dijo: "Creí que eras demasiado tímido y que no sabías hablar en público. Como no dijiste nada en la presentación de tu libro..." Y yo le expliqué las razones, que le apesadumbraron.

Porque Juan José, como secretario del terrible Ministerio de la censura y posteriormente como delegado provincial, fue todo lo contrario de lo que representaba en el cargo: un hombre abierto, dialogante, que abría todas las puertas. La prueba es que "se las hice pasar canutas" unos años más tarde, en 1975, cuando me empeñé en la publicación de un artículo histórico muy polémico: *"Aquellos años sin Feria. La guerra civil (1936-1939), único paréntesis de la feria en el siglo XX"*, que se publicó en la edición albaceteña de *La Verdad*, en el número extraordinario dedicado a la Feria. Imagínense los que no vivieron la época de la censura franquista: era la primera vez, posiblemente en toda España, que, aún vigente la terrible Ley Antiterrorista, un historiador se atrevía a decir que no sólo se habían perpetrado los terribles "paseos", los asesinatos por motivos políticos en las cunetas y en los cementerios, en la época de la "zona roja", sino posteriormente, ya terminada la guerra, "en la zona

nacional". Era muy fuerte sostener en un periódico esta afirmación, y más siendo un historiador provinciano desconocido y no uno de aquellos historiadores "oficiales" de la guerra que tenía el franquismo (tipo Ricardo de la Cierva, Martínez Bande o Salas Larrazábal), que parecían tener bula y poder decirlo todo. Por ello me empeñé en pasar la censura previa, llevando personalmente el texto a Juan José, registrando la entrada del mismo y exigiendo una respuesta inmediata de si se admitía o no su publicación. Sé que Juan José, con ello, sudó verdadera tinta. Después de leer el artículo me llamó a su despacho y me dijo que no podía prohibir el artículo, pero que me rogaba personalmente que no lo publicara. "No es elegante para una publicación ferial, donde todo debe ser amable, sin complicaciones. En otro sitio, bueno, pero en un extraordinario de la Feria...", me decía. Sin embargo mi respuesta era contundente: "Si no le parece publicable, lo impide. Pero si pasa la censura previa, se publicará". Claro que antes de ello, quizás para convencerme en las muchas entrevistas que íbamos a tener, Juan José me nombró para estar a su lado como codirector y coordinador de la "I Feria del Libro de Albacete". En cada una de las entrevistas de trabajo me rogaba que desistiera de la idea de publicar el artículo, pero yo me mantuve en "mis trece". Y se publicó, vive Dios. Ahora me arrepiento, no del hecho en sí, sino de haber sido un motivo de disgusto para el buenazo de Juan José.

En 1977, después de una instancia terrible, de queja por las deficientes instalaciones que tenía el Archivo Histórico Provincial en el sótano de la Casa de la Cultura, le trasladé la idea de que se pidiera como sede del archivo el edificio inacabado de la recién extinguida Jefatura Provincial del Movimiento. Le pareció muy brillante la idea, pero la Delegación Provincial se apropió de la parte más noble del edificio, relegando como siempre al Archivo al sótano, aunque contando también con magníficas oficinas provisionales en la planta 6ª Años más tarde, Juan José reconocería todos aquellos esfuerzos. En su artículo "*La nueva biblioteca* ", que publicó en *La Verdad* el *5* de junio de

1988, hablaba de las instalaciones de la Biblioteca, el Museo y el Archivo, en la antigua Casa de Cultura: "Todo se quedó pequeño, y de modo especial el Archivo, que tuvo un alojamiento vergonzoso en su exigüidad, pero en el que crecieron propósitos laudables de tan eximia persona como Alberto Mateos, en su sabia e infatigable curiosidad, y la trayectoria y carrera personal de un auténtico investigador y gran historiador, Francisco Fuster". Y más adelante, añadía: "Tampoco es corriente saber que una fundada y bien expuesta queja de Francisco Fuster inició toda la gestión de la operación archivo, bien acogida por el Ayuntamiento de la ciudad, que facilitó terrenos y edificio en la esquina de Padre Romano y Feria, y ha sido llevada a cabo por el Ministerio de Cultura para ese estupendo conjunto arquitectónico, ya culminado en estos días. que va a ser el Archivo Histórico Provincial."

También en 1977 Juan José colaboró conmigo en los esfuerzos por crear el Instituto de Estudios Albacetenses, revisando con otros, por encargo del presidente de la Diputación Antonio Gómez Picazo, el texto del borrador de los Estatutos fundacionales, que yo había redacto previamente. Intervinimos también juntos aquel año, con Alberto Mateos, en la presentación del libro *Monografías de Historia de Albacete,* de Rafael Mateos y Sotos. Allí fue la primera vez que Juan José demostró su admiración por ambos Mateos, padre e hijo, y sobre todo cuando empezó a comprender y a admirar al segundo. Juan José estuvo presente en varias ocasiones, en las jornadas que don Alberto y yo celebrábamos en el Archivo, diseñando la publicación de sus libros fundamentales, *Del Albacete antiguo* y *Evocaciones y recuerdos albacetenses,* veladas de trabajo que tuvieron como observador a mi fiel e inolvidable colaborador en el centro, Víctor Luis Malvar. Después de esto, García Carbonell demostró cumplidamente, en multitud de ocasiones, su gran admiración por Alberto Mateos. El mismo Juan José me relató, emocionado y lloroso, lo que, según él, fueron algunas de las últimas palabras de Mateos, en su lecho de muerte: "Y Fuster. ¿Dónde está Fuster?" Pero yo entonces estaba muy lejos de

Albacete, en el Archivo General de la Marina, en Viso del Marqués, junto a Despeñaperros

Lo mismo que los momentos entrañables vividos ambos junto a Alberto Mateos, quiero relatar también algunos de los que pasé con Juan José y con otro monstruo sagrado de las letras albacetenses, José 5. Serna. Siempre que acudía a algún acto cultural albacetense, los encontraba a ambos. Muchas veces tornábamos juntos, por la calle Ancha, para acompañar a Serna hasta su casa, hablando de todo lo humano y lo divino, sobre todo aprendiendo yo de ellos noticias entrañables de la literatura de Albacete, que iban desgranando ante mí, a veces disputando los datos entre ellos, y haciendo ambos gala de memoria y sabiduría infinitas así como de socarronería constante, ante las preguntas que, muy a pesar mío, tenía que ir planteando espaciadamente y de forma muy sutil, para que no parecieran un interrogatorio. En muchos de estos deliciosos peripateos noctámbulos, era muy corriente que yo asistiera como espectador totalmente silencioso a las cariñosas disputas literarias y jurídicas de unos seres muy semejantes, hermanos de ambas vocaciones. Porque en realidad los dos tenían una trayectoria idéntica: vivían de la abogacía pero para la literatura. La profesión para vivir, para poder sacar adelante a la numerosa familia; pero la vocación literaria para sentir, para soñar, para gozar la vida plenamente, con la mayor intensidad; para conseguir eso que ahora está tan de moda y que constituye el ideal de la vida humana: la realización personal.

También quiero relatar aquí otro momento entrañable, vivido junto a Juan José y mi querido amigo Antonio Millán Miralles. El 22 de febrero de 1987 íbamos los tres juntos, tras el féretro de Matías Gotor y Perier, otro gran hombre albacetense al que admiraba profundamente. El camposanto de Albacete se había vestido de lujo, en aquella espléndida mañana de domingo, con los cipreses cubiertos de nieve. Muy cerca de la última morada de Matías Gotor se encontraba otra, sin lápida, dedicada a “Un vagabundo desconocido”, un poco más acá la del gran impresor y creador de empresas periodísticas

albaceteñas, Sebastián Ruiz y López; y en medio la de Antonio Gotor Cuartero, el más ilustre orador que posiblemente haya dado el foro albaceteño. Y los tres caminantes, observando estas lápidas, comentábamos entre nosotros, al saber que el hijo iba a encontrarse desde ahora tan cerca de su padre: ¿De qué hablarán ahora, en el reencuentro feliz? ¿De San Juan de la Cruz, de Antonio Machado, de Miguel Hernández, de la condesa de Villaleal? Quizás estén ahora todos juntos, ahora que la cronología histórica ya no es obstáculo para ellos, disfrutando de la poesía más dulce y profunda, la que jamás ha podido ser escrita, y que todos ellos se guardaron para una ocasión entrañable y eterna como ésta. Creedlo, el recuerdo de aquel instante vivido y compartido con Juan José García Carbonell y con Antonio Millán Miralles, me acompañará para siempre y ahora me estremece con su hondo significado. El mismo Juan José también se ha reunido ya con aquellos inolvidables poetas españoles y albaceteños, disfrutando con ellos de la más dulce y profunda de las poesías.

Igual que el nombramiento de codirector y coordinador de las Feria del Libro, Juan José me propuso muchas veces para cargos honoríficos, no remunerados, en los que había que dar todo por Albacete y entregarse con toda el alma y el bolsillo, pues casi siempre los gastos de las actividades corrían de nuestra cuenta. Juan José iba así por la vida, dándolo todo y sin recibir nada a cambio y quería que los demás fuéramos como él. Yo, pobre de mí, procuré imitarle en todo lo que pude, y también di mucho por Albacete sin recibir nada. Uno de estos cargos fue el de vocal del Consejo de Cultura de Albacete, una institución que no llegó a funcionar. También en 1977 fui designado por la Diputación Provincial como representante de la misma en la Comisión de Protección del Patrimonio Histórico Artístico de la Provincia de Albacete, que precisamente presidía el mismo Juan José, como delegado del Ministerio de Cultura. En esta etapa, como en las anteriores ocasiones con motivo de las ediciones de la Feria del Libro, nuestros contactos eran casi semanales. Juan José apoyó en principio muchos de mis proyectos sobre el patrimonio de la

provincia, entre ellos el de rehabilitación de los Molinos de Viento que aún se conservan en diferentes puntos de la geografía provincial. Pero viendo la inoperancia de la Junta, y que casi todo lo que se proponía no se llevaba a cabo, el 19 de enero de 1980 presenté mi renuncia a este cargo, por otro lado totalmente gratuito, ante la Diputación Provincial. Al conocer mi decisión, Juan José se disgustó mucho conmigo y me pidió públicamente, en aquella sesión, que no siguiera adelante con mi renuncia. Incluso se llegó a poner teatralmente de rodillas ante mí, para que desistiera en mi idea. Recuerdo con emoción aquel gesto, que me hizo salir de la sala casi con lágrimas en los ojos. Juan José, ¡cuántas veces te disgusté e incluso te hice sufrir! Pero estoy seguro que me perdonabas de inmediato. Aun resuenan en mis oídos tus elogios, y sobre todo tu entrañable artículo titulado *"Personas que llegan. Rubí y Paco "*, publicado en *La Verdad* el 28 de septiembre de 1985, con motivo de que Rubí Sanz Gamo y yo habíamos aprobado las reñidísimas oposiciones al Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos.

Cuando en octubre de 1991 me encontraba recién salido de la UCI de la Clínica de Belén de Murcia, donde me había salvado de milagro de dos terribles infartos, y mientras, dejándome al cuidado de los ángeles sanitarios de aquella instalación, mi mujer y mis hijos marchaban a Albacete para realizar el traslado de los muebles de mi antiguo domicilio y llevarlos al nuevo de Murcia, mientras se desataban definitiva e irremediablemente mis lazos domiciliarios con Albacete, tan sólo escribí una carta, con mi caligrafía vacilante de aquellos momentos terribles de convalecencia. La dirigí al que consideraba mi mejor amigo en Albacete, a Juan José García Carbonell. Era una carta de despedida para Albacete, para los amigos, para todo el mundo, sabiendo que podía morir de un momento a otro. Una carta de la que, inexplicablemente, nunca obtuve respuesta, ni siquiera el más mínimo comentario suyo en algunas posteriores entrevistas que tuvimos. Una carta cuyo texto no conservo, porque fue escrita a mano y enviada urgentemente desde la Clínica sin posibilidad de reproducción.

Otro gran amigo mío, su hijo Juan José García Bueno, me confirma ahora que aquella carta fue recibida por Juan José, y que precisamente se la dejó leer, y que a él le emocionó mucho. Tampoco se explica el secreto de la no contestación. Yo creo saberlo. Eran demasiado intensos los recuerdos entrañables que renacían con aquella misiva; unos recuerdos que sacarlos a la luz, que comentarlos, que revivirlos, suponía un esfuerzo demasiado intenso, que quizás no podrían soportar de nuevo su corazón y el mío, ambos ya para siempre tocados por el ala fatídica del ángel Azrael, "pálido mensajero de la muerte". como decía nuestro comúnmente admirado Juan Ramón Jiménez.

Aquella carta mía, con tantas y tantas cosas entrañables recibidas y escritas por Juan José, se debe conservar ahora en un archivo particular demasiado valioso y que la ciudad no debe perder. El fondo documental de Juan José García Carbonell debería pasar con todos los honores, como una sección más, al Archivo Histórico Provincial, que, como hemos visto, tanto admiraba y tanto ayudó a su ahora dignísima instalación. Ahí, con ese fondo, se demostrará cumplidamente los lazos indelebles, entrañables y profundísimos, que Juan José tenía con la capital y la provincia a las que dedicó la mejor parte de su vida.

El adiós a la vida de Juan José.

En la última entrevista que le hicieron, demostraba su talante de cara a la futura intervención quirúrgica que iba a decidir su vida: "Para tumbarme seré valiente y los médicos que hagan lo que quieran. Ellos también manejan una navaja que es el bisturí. Ojalá y la manejen con la ternura con la que yo he manejado la navaja de mi padre."

Y lo último que dejó escrito, *Soneto para el adiós*, despedida a sus familiares y amigos, fue leído en su entierro:

Adiós vosotros, hijos, mi alegría; adiós amigos, luz en el camino; adiós amigas, gozos del destino; adiós mujer, amor y luz del día. Adiós, antes que llegue la agonía y piense que la muerte es desatino. Adiós ahora, que soy aún molino y en ese Dios de Amor mi ser confía.
¿Acaso mi vivir es vida mía, aunque sepa decirlo de mil modos y tenga sed el alma de infinito?
Adiós. A Dios. Y sea mi porfía sentirme diluido todo en todos y dejar lo que he sido por escrito.

Descansa en paz, Juan José, hombre bueno de Albacete, amigo de tantos amigos. Yo sé que estás ahora en el Paraíso, anunciando a todos, incluso al Padre Eterno, como se anticipa en el dibujo de Goig, las navajas, navajitas espirituales de Albacete. ¿Tendrá Dios una peseta para pagarte la que le ofreces? Y repartiendo a todos, y sobre todo a nuestros paisanos y amigos que te precedieron, con tu navaja de cachas y muelles, el buen pan de La Roda, el pan espiritual de tu primera y última comunión, el pan de la tierra que ellos añoraban y que tú les llevaste bajo el brazo, hombre bueno hasta el límite de los límites, para que lo disfrutaran eternamente.

F.F.R.